

Archivo St. Exam. -:(✝):- Soc. Hist.

EMPLEOS APOSTOLICOS,
 y religiosas virtudes del fervoroso
P. Joseph Xavier de Molina,
 professo de la Compañia de Je-
 sus, Visitador General de las Pro-
 vincias de Misiones, y Ministro
 Doctrinero de la Reduccion de
 los Dolores, en la Pimeria alta de
 la Provincia de Zonora, perte-
 neciente a la Mexicana.

CARTA

De el *P. Provincial Matheo
 Ansaldo*, de la mesma Compañia,
 a los Superiores de su Provin-
 cia de Mexico.



R. R. P. P.

P. C. &c.

GRANDE FUE, Y COMO GRANDE
 justo, el sentimiento, con que esta Santa Pro-
 vincia lloró la intempestiva falta del fervo-
 roso P. JOSEPH XAVIER DE MOLINA:
 de cuyo zelo infatigable se prometia copiosas usuras de
 divina gloria, no solamente en la conquista de nue-
 vas Naciones, de las innumerables, que pueblan el
 dilatado continente de la Pimeria, más tambien en la
 pacificacion de las antiguas conquistadas, que tumul-
 tuariamente inquietas, sacudian el yugo de ambas Ma-
 gestades. Pero estoy persuadido á que corresponderá
 en ella, no menor consuelo viendo en esta Carta, aun-
 que en mapa breve, delineadas sus particulares virtu-
 des; con que se formò perfecto Jesuita. No ay duda, que
 abrazando á todos los Religiosos Individuos, que la
 componen el amor á su Santa Madre la Compania, los
 ha de alborozar en el Señor, la reflexa, de que este fe-
 cundo generoso Arbol, sin que el decurso de dos siglos
 aya enfermado su virtud; continúa en el tercero fructi-
 ficando Varones gloriosos, en quienes se ven heroyci-
 dades de nuestro primitivo espíritu. Inaugurò feliz-
 mente al nuevo siglo en esta Mexicana Provincia el P.

Joseph, muriendo al comenzar el primer año, y contribuyendole glorias con su muerte, que le assaltò en el campo exercitando el officio de Misionero, y el de Visitador General de las dilatadas, numerosas, y distantes Provincias de Misiones. Terminos, que le pusieron la obediencia, y su zelo, para que pudiesse desfogar aquel espirito, que por espacio de veinte años estuvo còntenido en la Europa. Donde como quien lo ensayaba, la buscò apostolado en que si no hallò Gentiles á quienes inspirar nuevamente la Fee de Christo; le sobtraron Christianos en quienes resucitar, la que avia muerto no menos la ignorancia, que la malicia. Hasta que logrando el deseado destino atravesò el Oceano, navegando dos mil leguas, passò los Reynos de Nueva-España, y Nueva Galicia, tierras en nuestra Septentrional America cultivadas; y penetrò á lo ultimo de la Nueva Vizcaya, erias inaccesibles, así por la frágosidad de sus sierras, como por la barbarie de sus moradores, no parando su imperu hasta ponerse en el confinio de la Christianidad, y el gentilismo, y sepultar allí con su patrona las recomendaciones de literatura muy selecta, y talentos, que pudiera aver lucido en su Santa doctissima Provincia de Andalucia, despues de aver ilustrado las primeras Cathedras; rumbo por donde lo conducia á los mas honorificos puestos el comun aplauso. Pero como aquella Muger Apocalypticá, quando apareció vestida del Sol, tomò alas no para buscar theatro en que resplandecer; si, para huir á la soledad de un desierto, donde

halláffen sus resplandores sepulchro: así el P. Molina volando en las alas de sus estimaciones, á la esfera superior, que le prevenia su illustre Madre; mudò el derrotero de su conducta, y volviendo las espaldas al Betis, que lisonjaba con locimientos, no le contentò con ponerse de esta otra parte del mar: sino que continuando el vuelo, passò al celebre Rio Mayo, vadeò al Xiqui, y se sepultò en lo mas retirado de los Pimas; gente indomita: la que buscaba el Apostolico Padre para el desempeño de su espiritu, campo de su zelo, y crysol de las heroycas virtudes, que insinuarà esta Carta.

Nació el P. Joseph Xavier de Molina en Antequera, Ciudad illustre de la Andalucia en el Obispado de Malaga. Fueron sus Padres de calificada nobleza; la que refinaron con aquellas costumbres ajustadas, y santo temor de Dios, que dà sus mejores fondos, y mas subido quilate á la hidalguia. Por esso no contentos con tener un hijo noble, por su esclatecida sangre; quisieron tambien tener un hijo sabio, y virtuoso, por su buena educacion. Y satisfechos de que lograrian su deseo, si su hijo estuviesse á la direccion, y cuydado de los Padres de la Compania; lo pusieron á su tiempo en nuestras Escuelas: donde sabian es una misma la Cathedra, en que la ciencia, y la virtud alternan incausables su enseñanza. Ni los engañò su persuacion en este punto; pues aviendo puesto á su hijo en las Clases de Grammatica que tiene en aquella Ciudad nuestro Colegio; dentro de poco tiempo lo vieron tan aprovechado en estas pri-
me-

5
meras letras, que les fue preciso transplantarlo à más
fecundo terreno; como lo hizieron llevandolo à nues-
tro Colegio de S. Bartholomé, y Santiago de Granada.
Entró el P. Joseph en aquel Seminario: que para ser el
más famoso de España pudiera alegar, que su puerta no
se abre, sino con la llave del merecimiento. Pues no se
logra veça en él, si no es por oposicion en letras huma-
nas; la que solo se haze una vez cada dos años, sin que
ni aun entonces se pueda recibir mas, que un numero
bien corto; para lograr assi, que sean estos escogidos, y
aventajados entre los muchos pretendientes, que con-
curren llamados à la voz de los Casteles. Allí tuvo por
Maestro en Philosophia un Sujeto tan señalado, que
poco despues de ilustrar con su Philosophia à Granada,
mereció, que lo nombrasse su Provincia para ilustrar
con su Theologia à Roma en la Cathedra de Prima.
Logró este sabio Maestro en el P. Joseph sus desvelos, y
cultivo presidiendole un Acto de todo el Curso, con que
coronò lucidamente sus tareas.

Las que para ser mas gloriosas, tuvieron por
conclusion el abandono del mundo, y el desprecio de
sus esperanzas, que todas las hollò el P. Joseph por en-
trarse en la Compania: idèa, cuya execucion allanò
facilmente la noticia practica, y el concepto lleno, que
tenian formado, los que lo manejaban, de sus letras, y
virtud. Creció esta como en su proprio suelo en nues-
tro Noviciado de Sevilla. Aquí gastò los dos años de
probacion, en estudiar la ciencia de los Santos; estando

persuadido, que los Hijos de la Compañia, si no aprenden la sabiduria de Dios en los dos primeros años de su religiosa edad, no suele ser muy comun el que la aprendan despues. Acabado, pues, su noviciado en Sevilla, y tenido su seminario en Carmona, volvió á Granada á cursar su Theologia escholastica; sin olvidarse de continuar cursando la Theologia mystica; en que traia yá tambien fundados principios. En esta facultad se declaró Discipulo de aquel insigne Maestro de esta ciencia el V. P. Manuel Padial, á quien escogió desde luego por Confessor; en cuyas manos puso todo el gobierno de su conciencia, y la direccion de su Alma. Con director tan acertado no fue menester mucho tiempo, para que se echassen de ver los adelantamientos de su espíritu; advirtiendo yá sus concurrentes (aun los menos advertidos) en el H. Joseph un exterior vaciado por el molde de nuestras reglas; modesto sin ceremonia, silencioso sin molestia, retirado sin grosseria, atable sin familiaridad, ardiente sin ira, obsequioso sin enfado, comedido sin intrusion, humilde sin doblez, y en una palabra, entregado á Dios, y á su estudio, sin que pretexto alguno pudiera divertirle de este empleo.

Pero mejor se dexaràn ver los bellos coloridos de estas virtudes en la estampa, que nos dexò de sí el mismo, en unos apuntamientos de su mano, y pluma; cuyas lineas expressamente nos dicen, que se tiraron al calor de su devocion, con el fin de crecer en ella el espíritu de un Estudiante Jesuita. Dice el H. Joseph en uno

de estos propositos. En los exercicios de oracion, leccion, examenes, &c. seré indefectible; no omitiendolos, ó acortandolos, aun en el tiempo de recreaciones, á asuntos de campo: en los quales sin alexarme de la Comunidad, procuraré tenerlos; aunque no se tengan de comunidad. Tampoco los dexaré, ni tendré fuera de su tiempo por causa del estudio, del argumento, del sermon, u otra funcion literaria; persuadiendome, que no me hará falta el tiempo, que Yo empleare en el cumplimiento de una obligacion tan precisa: antes me lo suplirá Dios con ventajas, ayudandome á salir bien de qualquiera funcion de estas. En otro dice: Seré el primero en alegrarme, y complacerme del bien de mis hermanos, de sus premios literarios, &c. y por aquí conoceré, si tengo la pureza de intencion en mis estudios que me manda Dios. Luego prosigue: La regla de hablar latin la observaré inviolablemente sin aflojar por riesgo de errar en alguna palabra, antes en esso tendré ocasion de muchas humillaciones: ya porque otros (aunque fuesen todos los demás) no lo hagan asy. A mí me debe bastar ser regla: por ellas he de ser juzgado, y no por las operaciones de otros. Despues añade: En el silencio he de ser puntualissimo, dexando al punto el argumento, ó respuesta al toque de campana: y mucho menos tendré conversaciones inutiles fuera, ni dentro del aposento. Lo mismo observaré en la modestia, guardando siempre la de un fervoroso Novicio, por lo mucho, que importa para el interior recogimiento del corazon, y por la edificacion comun; pues quanto á edificar los que en funciones publicas de conclusiones, sermones, fiestas, &c. se portan con demasiada libertad, é inmodestia, tanto edifican los que

guardan la modestia, silencio, y compostura religiosa, y acreditan para con los de fuera la educacion de la Compania.

Con estos quatro propósitos en los mismos apuntamientos están eslabonados otros, y todos ellos respiran amor à la mortificacion, por los ayunos, disciplinas, y otras muchas asperezas, que prescriben. Respiran abatimiento proprio, por los actos de humillacion, que señalan, como no excusarse quando lo reprehendiere el Superior, aunque sea imputandole (por su niestro informe) faltas, que no hizo. Y en fin respiran un ardiente deseo de la perfeccion religiosa, por los utilissimos medios, que propone practicar en orden à conseguirlo, como se expresa bien en el ultimo de sus dictámenes, donde concluye diciendo: *Finalmente todos los meses un dia, que será el primer Domingo (y no variare de dia sin causa, porque el variar es principio de dexar) tendre mayor recogimiento, à lo menos una hora mas de oracion sobre un punto de los exercicios, media hora de oracion practica sobre mi vida, y porte en el mes antecedente; y media hora mas de leccion espiritual. En este dia leeré estos, y los demás propósitos, que Dios me inspirare, y mi Confessor, y Padre espiritual me aprobaren: veré como los observo, propondrè la emmienda, &c. y de todo daré cuenta à mi Padre espiritual. Este medio como importantissimo nunca lo dexaré.* Hasta aqui el H. Joseph, quien por el exterior concierto de sus acciones, y palabras daba bien à conocer quando Estudiante, quanto se procuraba su interior ajostar con estas rigidas leyes, que à si mismo le ponía, siendo cierto, que en el

2

reloz del Alma son las palabras, acciones, y trato exterior el gnomon mas fiel de sus ocultos senos, è interior espíritu, que la rige, segun oraculo divino: *Ab occusu faciei cognoscitur amictus corporis. & risus dentium, & ingressus hominis enuntiant de illo.*

Este agregado amable de religiosas prendas, le grangeo al Padre ^{EN} Sureda, aun Estudiante, no solo la estimacion comun de los que exteriormente lo trataban, sino lo que es mas, el particular cariño, que le tuvo, quien mas intimamente lo conocia, que era su Santo Confessor. Dióle cuenta por este tiempo al V. P. Padias de los ardientes deseos, que desde el Noviciado sentia en su corazon, de passar à las Indias en busca de los thesoros del Cielo, que están encerrados en el espiritual cultivo de aquellas remotas Naciones; y que se hallaba en animo de escribir à N. P. General, solicitando la licencia precisa para la execucion de sus ancias. Aprobòle el V. P. su designio, añadiendole no desistiese de su heroica empresa, y que *esludiese seguro, de que passaria à las Indias.* En esta promessa fixo el H. Joseph su esperanza, que sin el entivo de este oraculo pudiera aver delcoerido viendo, que N. P. General no daba feliz despacho à las repetidas peticiones; que en diversos tiempos le presentò sobre este assunto. Mas al fin con o parecer, que el Cielo tenia empeñada su palabra por boca del V. P. Padias; obtuvo la constancia de nuestro difunto, despues de veinte años de pretension, y deseos la licencia, que consiguen otros à la primera carta; y que

tambien huviera conseguido por respuesta de la primera suya, si los que eran interezados en conservarle, no huvieran aplicado los mas vivos esfuerzos para no perderle.

No fue entre estas el menos eficaz destinar los Superiores al P. Joseph (luego que con un Acto lucido de todo el dia concluyò sus afanes escolasticos) à que se empleasse en las correrias apostolicas de las Misiones circulares, por ver si la abundante mies, que este ministerio le ofrecian, apagaba el hambre, que le avivaba su zelo : màs como este tenia calidades de fuego abrasador, en vez de extinguirse, se enardecia mas con el copioso pasto. Grande fue (si bien menor, que sus ansias) el que logrò los tres, ò quatro años, que cultivò con su predicacion las fertiles campiñas del Obispado de Cordova, y acalorò con sus ecos las heladas serranias de las Alpujarras, haziendo, que estos dos terrenos nada parecidos entre si, se pareciesen mucho en tributar uno, y otro crecida cozecha de Almas arrepentidas; hermoso trigo, con que Dios enriqueciò sus graneros. De este fruto pudiera poner aqui alguna noticia; pues ay Sujeto, que aviendose hallado presente à una de estas Misiones, que hizo el Padre en Baena (numerosa Ciudad de la mencionada Mitra) observò como testigo, parte de sus inmensas fatigas en Pulpito, y Confesionario. Donde es forzoso fuesse su asistencia continua, y su trabajo desmedido; pues era voz corriente en la Ciudad, que quasi toda ella se avia confessado en el

poco

poco tiempo de quinze dias, con los dos Padres Mil-
froneros.

Con este titulo, y empleo se hallaba el P. Joseph quando lo señalo la obediencia por Ministro del Colegio de Granada; estando los Superiores persuadidos, a que ninguno zelaria con mayor esmero la observancia de nuestras Reglas, que quien con tanta diligencia las guardaba. En este oficio entro S. R. gustoso unicamente, porque obedecia; y porque estando mas cerca de su venerado P. Padiel, podria mas facilmente dar cumplimiento a su cargo; gobernandose por la pauta de sus acertados consejos. Con esta mira frequentaba las visitas de su santo Director (ya en este tiempo rendido a el techo, que dexò por el sepulchro) sacando de ellas (como Moyles de sus platicas con Dios) fuego de charidad en su pecho, y luz de conocimiento en la cabeza, para guiar con acierto aquel su escogido Pueblo, a la tierra prometida del Parayso. Pero sin embargo aun no eran estas las visitas, que mas frequentaba, deseoso de encontrar con el acierto en su oficio: mucho mas frequentes eran las visitas, que por este tiempo, y causa hazia a su Magestad; sabiendo por testimonio de N. Sto. Padre, que el oficio del Superior es primeramente llevar sobre sus hombros con oraciones, y deseos tantos las cargas de los Subditos: *Oratione, & sanctis desiderijs totam domum, velut humeris suis sustinere.* Asi lo practicò el P. Ministro el tiempo, que durò su ministerio. Fue este (con poca diferencia) el espacio de

dos años. Y sin duda hoyieran continuado sus aciertos con su gobierno, si no lo huviera sacado de este la Cathedra de Philosophia, que le dieron los Superiores, señalandolo para que en el mismo Colegio leyese curso de Provincia à nuestros Hermanos Estudiantes. Llenó el P. Joseph esta ocupacion, enseñando à un mismo tiempo letras, y virtud à sus Discipulos. Quienes si en lo especulativo de sus quadernos estudiaban las maximas de Aristoteles, en lo practico de sus exemplos aprendian aquel arte de mas alta consequencia, que consiste en tener el orgullo de las pasiones à raya. Este arte (verdaderamente dificil) de disputar sin quexa alguna de la caridad religiosa, fue tambien el que sus Discipulos aprendian de su religioso Maestro: cuyos argumentos siempre tomaban nueva eficacia de su modestia en proponerlas; cuyas respuestas siempre recibian nuevo vigor de su mansedumbre en proferirlas, cuyo dicho siempre cobraba nuevo peso de su gravedad en expresarlo, sin permitir, que su ira, que su emulation, ni otro algun afecto bastardo usasse aquella dispensa, con que tal vez la lengua se desata, y la pluma corre apartada de toda regla, echando en cada periodo un borron, con que se denigra mas, que el papel el candor de la virtud, la opinion, y buen nombre del contrario. A tan acreditado Magisterio, fue consequente el grado con que la Compania bora, no solo las letras, sino la virtud de sus Hijos. Este es la Profesion de quatro votos, que finalizada la tarea de su curso, hizo el P. Joseph con espe-

ciabilísimo consuelo; por ver, que tanto mas apretadamente se estrechaba con su Dios, quanto con lazo mas firme se ataba à su Compañia.

Mostrò esta la confianza, y aprecio, que tenia formado de los talentos de este su benemerito Hijo, señalandolo poco despues, que lo viò solemnemente professo, por Visitador de las Residencias, que tiene nuestra Provincia de Andalucia en las Islas de Canarias. Embarcòse para ellas, y conociendo, que es mas noble imperio el del Alma, que el del cuerpo, para mandar no tanto los cuerpos, como las Almas de sus Subditos, y hazer, que le tributassen un amor filial; entrò abrazandolos à todos con un afecto paterno. Con este visitò nuestras Casas, donde para ser mas acertado gobierno, solo intimò aquellas leyes, y ordenaciones, que le dictaron la suavidad, y la blandura; no ignorando, que estas son las que mas se guardan: pues es cierto, que las Ordenaciones, y Leyes, que se dieron en el Monte con la voz horrorosa del trueno, y amenaza formidable del rayo, se quebrantaron al pie del mismo Monte; siendo asi, que las que Moyses intimò sin esse ruido, ni espanto, pasaron de Padres à Hijos, y se guardaron como preciosa Reliquia en el Arca del Testamento. Pero no contento con intimar à sus Subditos aquel genero de ordenaciones, que se notifican à los oidos, les impuso tambien aquel genero de leyes, que se intiman à los ojos. Tales fueron los exemplos con que los exhortò à trabajos incansables por la salvacion de las Almas. Sa-
bia

Bja el P. Visitador, que las acciones de quien manda
 son preceptos impuestos á la vista, que al passo, que mas
 se entienden, se suelen guardar mejor. Por esto y á de-
 sembarazado de los negocios, que pedian en Casa su
 presencia: salió de Casa buscando campo, que regar con
 su copioso sudor; á la manera, que el Nilo, despues que
 tiene lleno de sus aguas el proprio cauce, sale á fertilizar
 con su corriente la campaña vecina. Topóse el zelo del
 P. Visitador con el terreno, que buscaba en aquellas
 asperezas, y bosques donde falta, no menos de sustento,
 que de doctrina, vive en desnudez, y trabajo aquella
 parte no pequeña de Indios, á quienes su miserable fuer-
 te deserró del cultivo de las Ciudades, condenandolos
 á que vivan entre breñas, sin cuidar otra ciencia, que
 una total ignorancia. Trás de esta caza salió el P. Visi-
 tador á los bosques, y haziendo Mision en muchas de
 aquellas incultas Montañas, que con passos de Ciervo
 corrió por la mayor parte á pic, por sendas á vezes des-
 conocidas de los mismos naturales, que se maravilla-
 ban no poco de ver, que para venir á doctrinarlos, hu-
 viesse el Padre encontrado camino, donde ni su pericia
 en el Pais sabia, que estuviessse descubierto. A la verdad
 no fuera tan grande la molestia de estos apostolicos
 viajes, si para rehazer las fuerzas perdidas se diera el P.
 Visitador, en llegando al termino de la jornada, aquel
 tratamiento benigno, que podia la antecedente fatiga:
 pero cuydando poco de pagar á la naturaleza tan justa
 recompensa, se contentaba con darle por alimento á su

cansado cuerpo, solo la insipidez de unas frutas, y el
 sueño etcalo, que vestido tomaba sobre el delgado col-
 chon de su manta. Sin mas, que este refuerzo se entre-
 gaba luego al exercicio sagrado de su Mision, con tan
 incansable zelo, como se podra colegir del caso, que
 referire despues; bastando por ahora para testimonio de
 estos apostolicos trabajos, lo que en una ocasion dixo
 el P. Visitador hablando de ellas. Acababa de platicar
 una vez S. R. á la tripulacion, de que se componia el
 Navio, que lo transportaba á estas Indias; y exhortan-
 dolo entonces uno de los Nuestrs á que le abrigasse, y
 que recibiese no sè, que pequeño agassajo, de los que
 en semejantes circunstancias ofrece á los Predicadores
 la charidad obsequiosa, escusò el Padre recibirlo, di-
 ciendo: que no lo necesitaba; porque yá aquel trabajo
 no le servia de molestia, á causa de estar curtido, con
 otros muchos mayores en la Mision de Canarias. Lo
 cierto es, que si le parecian ligeras al P. Visitador las
 fatigas, que tomaba en la navegacion del Oceano, era,
 porque en el temple de Canarias se avia yá su cuerpo
 habituado al duro temperamento de semejantes fati-
 gas; á la manera, que los Delphines suelen hazer jue-
 re de las tempestades del Oceano, porque están acos-
 tumbrados á vivir en agua amarga.

Concluida con afanes tan gloriosos la expedi-
 cion de su visita, se restituyò á su Provincia el P. Visita-
 dor, á quien poco despues de llegado señalaron los Su-
 periores para leer Theologia. Habia el P. Joseph
 con

con este empleo en el Colegio Maximo de Granada, quando N. M. R. P. General, deseoso de remittir Operarios Evangelicos para alzar la mucha mies, que fazonan los dilatados campos de esta America, escribió Carta circular à las Provincias de Europa, diciendo: que los que se hallasen con deseos de passar à ella, se los hiziesse presentes, para que su Paternidad à vista de ellos les pudiera dar la assignacion mas oportuna. Al verse el P. Visitador con tan no esperado, como apetecido convite, reproduxo las prolongadas ansias, que por tantos años avia tenido, y conservaba todavia de emplear todo su aliento en el cultivo de los Indios, pidiendo de nuevo licencia, para passar à enseñarles el camino del Cielo. Concediótela por ultimo N. P. General señalando para esta nuestra Provincia al P. Joseph con inexplicable gusto de S. R. quien recibida la assignacion se puso luego en camino para el Puerto de Sta. Maria, sin llevar para su embarcacion otro omenaje mas, que una pequeña caja, donde con el Breviario encerrò el curso de Artes, y las materias Theologicas, que tenia dictadas durante su Magisterio. Que si San Pablo aviendo concluido el curso de su Apostolado, y cfiando yà de leva para un nuevo mundo: *Cursum consummavi:::tempus resolutionis:meæ instat;* no se olvidò del cofezillo de sus libros, antes bien ordenò à Timoteo, que se lo traxesse de Troada, donde se los avia dexado, encomendandole con especialidad aquellas membranas, ò quadernos, que estaban escritos de su puño, como

si para partir al Emyreuo se quisiera formar alas con los rasgos de aquella pluma, que estava tan acostumbra da à volar hasta el tercer Cielo: *Penu! amque quam reliqui Troade apud Carpum, veniens affer tecum, & libros; maximé autem membranas.* Ninguno debe estrañar, que el P. Visitador aviendo de comenzar su Apostolado, se partiese tambien para otro nuevo Mundo, trayendo consigo aquellos papeles, que no tanto por ser obra de su mano, como por ser pasto de su entendimiento parece fundaban titulo, para que su voluntad no los apartasse de su lado. Sin embargo tardò muy poco en des hazerse de ellos: porque no los traxo consigo, sino con el fin de darlos (como los diò à un H. Estudiante) por si acaso le pudieran servir de algun provecho: imitando tambien en esto al Apostol, que pidió con esta mira los quadernos, para repartirlos à los fieles, deseolo de que se utilizassen con el precioso legado de sus celestiales escritos.

Llegado, que fue el P. Joseph al Puerto de Sta. Maria, puso en su mano el P. Procurador General la direccion, y gobierno de los muchos Novicios, que alli estaban destinados à esta Provincia de Mexico. Tomò (no sin repugnancia) este cuydado el P. Visitador: quien para formar ajustados à sus Novicios, su primera diligencia fue portarse, como el mas observante de ellos. No tuvo para esto, que innovar en su religioso porte. Continuò trayendo los ojos en el suelo, con una modestia tan señora, que se leia bien en el sobre escrito

C

del

del semblante, quan levantados del suelo traia los pen-
 samientos. Asistia con sus Novicios a toda su distribu-
 cion, que era la misma de nuestro Noviciado de Sevil-
 la. En los Exercicios de N. Sto. Padre (que su fervor
 les hizo tener varias ocasiones en pocos meses) despues
 de oir en Comunidad la leccion espiritual, y los pun-
 tos era el primero, que puestas en tierra las rodillas, te-
 nia inmoble todas las horas de oracion, à pesar del
 estio, que con su excesivo bochorno (intensado con la
 estrechez del aposento, que servia de Oratorio) pudiera
 restriar otro espíritu, distrayendolo de entrar en aquel
 horno: pero esta misma incommodidad arraia al P. Jo-
 seph deseoso, de que à un mismo tiempo se abrasasse su
 cuerpo victima de la mortificacion, y se inflamasse su
 espíritu victima de la charidad.

Con tan vigilante cultivo no pudo menos, que
 coger mucho fruto de aquellos Jesuitas en flor, à
 quienes llegado el tiempo de embarcarse, trasladò al
 Navio, sin que el mudar de elemento causasse mudanza
 alguna à su distribucion religiosa: porque venian, y te-
 nia con ellos no menos en el mar, que en la tierra los
 examenes, oracion, y leccion, dexando solo de hazerles
 platicas espirituales en comun, por hazerlas à cada uno
 en particular. A este cuydado de Padre espiritual, que
 tenia de sus Novicios, añadió en la embarcacion los
 desvelos de Madre cariñosa. Dormia en la misma ca-
 mara con ellos; y alli escogió el catre no solo mas estre-
 cho, sino mas inmundo, estando en su mano tomar el

menos incommodo. Visitaba su pequeña grey después de acostada, y dormida; y si hallaba, que alguno por la estrechez de la cama, è inadvertencia del sueño tenía los pies descubiertos, primero se los besaba, y luego (sin despertarlo) se los cubria del mejor modo posible. Un dia, que la turbacion de las olas turbò tambien las fantasias, haziendo, que con el marçò valanzassen las cabezas, aun de aquellos, que estaban mas acostumbrados à recibir del mar sin impresion alguna semejantes golpes; se huvieron de tirar à sus catres los Novicios, inhabiles à exercer aun las mas precisas acciones. Cogiólos en este estado la noche, y viendo el P. Visitador, que los màs de ellos no podian desnudarse por si mismos, tomò S. R. este empleo en aquellos terminos, que se lo permitia la decencia; y assi los fue desnudando uno por uno, clausulando su abatimiento este exercicio con besarles los pies à todos. Màs como uno de ellos estuvielle menos turbado, y conociendo al Padre, rehusasse encogido, que S. R. practicasse con èl tan bajo empleo, sin embargo huvo de ceder, oyendo las veras con que el P. Visitador le decia: *Hijo, tomara Yo ser digno de ponerme à sus pies, y de servirle.* Palabras, con que mas de una vez quedó victoriosa la humildad del P. Visitador en semejantes empeños. En el tiempo de comer todo el cuidado del P. Joseph era tenerlo de su Comunidad. Solia el Padre frequentemente quedarle (no sin repugnancia) para la segunda mesa, que componian los Seglares, por estàr asistiendo à sus Novi-

cios el tiempo de la primera, que se formaba de los nuestros. En una de estas ocasiones sucedió, que no sé quien de los Comenrales antiguos acaso ciego, como sonarás, con el hambre le dixo poco advertido al P. Joseph, que quien lo avia constituido Superior, ó Triunfante de los otros? Bien pudiera lo mordaz, y azedo de esta mostaza aver avinagrado la comida al P. Visitador, pero la mansedumbre de S. R. tenia tan templado su paladar para esta salza, que apagó toda su acrimonia, con lo dulce de esta respuesta: *Por estos pobres lo hago, que si no los cuido Yo, se quedan sin comer. No lo hago por Superior, que Yo ni aun Subdito merezco ser del mas inferior de todos.* Palabras, que refiere, quito solo por aver estado inmediato las pudo aver percibido: tal fue la sumision con que se profirieron. Donde no es de omitir la observacion, que hizo, el que depone como castigo este caso: y es, que despues el P. Visitador daba á este Sujeto mas especiales muestras de religioso cariño; como si le huviera grangeado mas su agasajo, con averle exercitado mas su sufrimiento.

Ni solos eran los Novicios los que merecian al P. Visitador sus atenciones. Tambien se las arrebataban los Marineros, gremio no poco necesitado de Piloto, que en la navegacion de esta vida los guie al puerto de la eternidad. Para demarcarle, pues, á esta pobre gente el rumbo del celestial Parayso, se iba con ella todas las tardes al Castillo de proa, donde capitaneando á aquella chuzma, rezaba con ella el Rosario de N. Señora, y

cantaba su Letania; como si le dixera con esto, que la primera diligencia de quien navega al Emyreo, debe ser poner los ojos de su devocion en MARIA Santissima, como en Norte fixo, à quien debe mirar constantemente la abuja, siempre inquieta de nuestros afectos. Despues sirviendole de Carta geographica el Cathecismo, les avisaba con explicarles un punto de Doctrina, que el unico derrotero para llegar à tomar la mejor altura, era observar la linea de los Mandamientos Divinos: porque navegar sin seguirla, no es mas, que topa en cada passo el escollo de una culpa, y en cada culpa el naufragio eterno del Alma, que necessariamente irá à pique, y le precipitarà al abyssmo, si por su dicha no encuentra la feliz tabla de la penitencia. Por esto todas sus Platicas se terminaban exhortando à que confesasse sus culpas con arrepentimiento verdadero. En orden à conseguir este fin les hizo (acompañado del zelo de otros Padres) una fervorosa Mission, en que publicando nuestro Jubileo, fue muy raro quien no se dispuso à ganarlo, poniendo las diligencias de confesar, y comulgar, que no pocos solian repetir despues cada ocho dias. Asi acudia el P. Visitador à remediar en la Marineria las enfermedades del Alma; pero sin olvidarse de acudir tambien à los que en el cuerpo adolecian. Visitabalos à estos con frecuencia, cargabalos en sus brazos, serviales los vasos mas immundos, y se avergonzaba no pocas vezes, solicitandoles del Reposero los alivios, que podia. Y si despues de estas fati-

gus, le instaba compassion algun Hermano à S. R. que tomasse algun descanso, ò refuerzo, se negaba el P. Visitador à las instancias, diciendo con gracia, no era menester: porque S. R. era llevado por mal. Y es así, que el P. Joseph era en esto muy parecido al Lino Griego, de quien asegura Plinio, que es llevado por mal: por que quanto peor se trata, tanto mejor es, y mas sazonado su fruto: *Quanto pejus tractatur, tanto melius provenit.* Cierro, que al ver lo que el P. Visitador trabajo dentro del Navio, no pudo menos, que juzgar verifico S R. en mejor sentido, lo que Plutarco dixò de Luculo, y es, que siendo vizoño quando se embarcò contra Mitridates, se diò tanto en la navegacion à leer las Historias de los Capitanes insignes, que quando se desembarcò llegò yà hecho un insigne Capitan. No es otra cosa lo que Yo pienso sucediò al P. Visitador. Era S R. quando se embarcò à esta America, vizoño en el arte de ganar Almas (à lo menos comparado consigo mismo en otras artes, en que siendo mayor su exercicio, tambien lo podia ser su Magisterio) màs en su navegacion se dedicò tanto à imitar los exemplos de los navegantes Xavier, Sanvitores, y otros Gefes de nuestra Apostolica Milicia, que podia parecer su semejante, quando llegò à tomar tierra.

No logrò el P. Joseph esta dicha de besar gustoso la Playa, sino despues, que el mar le amenazò con un funesto naufragio en las alegrías del Puerto. Yà bordeaba con el de Vera-Cruz la Nao, que conducia nue-

tra numerosa Mision, quando desmintiendo el ancla,
 que se tirò para fixarse sobre ella, se fue à barar en un
 banco, donde las iras del Norte cada instante acrecen-
 taban con las olas el peligro. Dilataba el Castillo de S.
 Juan de Ulúa proveer de socorro; y movido de esta di-
 lacion, procurò el P. Joseph dár el que pedia. Porque
 teniendo depositada en su corazon toda la serenidad,
 que las aguas avian sacudido de su seno, se fue à piés
 donde recoosiliò à sus Novicios, y confesò à otros mu-
 chos, que se llegaron à sus pies, no sin esperanza de que
 cesarian los golpes del mar, al oír los golpes de sus
 pechos, y de que echando al mar amargo de su contri-
 cion, el grave peso de sus culpas, podrian mantener so-
 bre las ondas el Bagel; à quien cada una de ellas con-
 vidaba yà con un espaciado sepulchro. Lo cierto es, que
 mientras el Padre se mantenía en esta piadosa diligen-
 cia, les llegó à todos el remedio delcado en una Lan-
 cha, que los transportò de la imminencia del riesgo, à
 la seguridad del Castillo. Pero no bien avia S. R. lle-
 gado à esta Fortaleza, quando no tanto el acaso, como
 la Providencia Divina, nos diò un publico testimoio
 de su apostolico zelo. Hallabate de Capellan à la sazón
 en aquel Presidio de Ulúa un Sacerdote, que avia co-
 nocido al P. Visitador en Canarias, quando S. R. corriò
 misionando aquellas Iilas. Y sabiendo, que una de los
 Jesuitas, que acababan de llegar era el P. Joseph de Mo-
 lina, haciendo reflexa de que lo conocia, y conocia
 bien, dixo al instante: *El P. Molina ha llegado? Luego ser-*

mon tenemos. Y sin mas saludar á S. R. ni explorar de otro modo su beneplacito, teniendo este por seguro, hizo señá con la campana, tocó á Sermon, recogio toda la gente en la Iglesia, y ya junta embió á llamar al Padre con un paje, que llegando á S. R. le dixo: *Padre, dice el Señor Capellan, que já está la gente junta, y que aguarda á V. R.* Cogio de improviso esta embaxada al P. Visitador, que totalmente ignorante de lo que prevenia el Capellan, andaba con sus Novicios mirando desde la tranquilidad del Puerto, las alteraciones del golfo. Y así huvó de preguntar: A qué se avia juntado la gente, y para qué lo aguardaba? Respondiòle el pajezito, que para que les predicasse. No huvó menester çir mas el P. Joseph; y así pidiendo licencia al Superior, que se hallaba presente, fue, y se bte aquellas palabras: *Ambulate dum lucem habetis, ne vos tenebra comprabendant;* les hizo una Platica fervorosa, sobre no dilatar la penitencia, si no querian experimentar el castigo de su tardanza, en una muerte repentina. Verdad, que oportunamente vigorizaba con el suceso de tantos, como se acababan de ver aquella tarde en sus gargantas. Este es el caso arriba prometido, de que se coligen claramente los continuos asanes, con que el P. Joseph evangelizó las Canarias; pues quien allà fue testigo, nos afirma acá con el hecho, que el P. Visitador trabajaba perpetuamente de fuerte, que parece no podia vivir, ni estar, si no estaba trabajando. Y así de estas premisas, que tenia probadas con repetidas experiencias, sacò aquella

ilacion tan en abono del P. Visitador, como expresiva de sus incansables tareas en el Pulpito: *El P. Molina está en el Castillo? Luego sermon tenemos.* Lo qual sin duda fue decirnos, que el P. Joseph fue uno de aquellos Varones Apostolicos, que à juyzio de San Gregorio el Grande, merecieron à David el sobre nombre de *Cielos*; porque como Cielos descansan, no de otro modo, que en el movimiento continuò con que rodèan la tierra, predicando sin cessar à sus habitadores, las glorias de su Hacedor: *Per psalmitam de sanctis predicatoribus dicitur: Celi enarrant gloriam Dei.*

Pasada aquella noche, y los dos dias siguientes en el Castillo, partiò de alli à nuestro Colegio de Veracruz; y à pocos dias al del Espiritu Santo de la Puebla, donde puestos sus Novicios en la Casa de los Exercitantes, al verlos yà en lugar tan oportuno, aadiò luego à la distribucion de aquel Noviciado volante, el exercicio de las platicas de Comunidad, que le avia hecho suspender en la embarcacion lo desacomodado del sitio. Por esso como si su espiritu huviera estado hasta entonces de repressa, soltò los diques, exponiendo aquel lugar de S. Pedro: *Fratres satagite, ut per bona opera certam vestram vocationem, & electionem faciatis;* en una Platica sobre el aprecio de su vocacion, y medios de conservarla. Esta hizo con palabras tan de fuego, que siendo de cera el corazon de sus oyentes, fue forzoso diesse muestras de derretido en las muchas lagrimas, con que se les vino à los ojos; sin que parassen aqui las

demostraciones de ternura, con que sus Almas profesaron exteriormente lo determinadas, que estaban à guardar aquella doctrina. Llegò por ultimo à Mexico el P. Visitador, entregò su Comunidad en nuestro Noviciado antiguo de San Andres: despidiòse (no sin reciproco sentimiento) de sus Novicios, y S. R. se pasó à la Casa Professa, donde creyò fuesse solo de passo su morada; pero los Superiores informados de quanto podia servir en aquella Casa su singular aplicacion à los ministerios de ella, determinaron, que tuviesse de asiento alli su habitacion. No es creible la pena, que causò al P. Joseph esta noticia; viendo se le cerraba la puerta de sus amadas Misiones, quando tenia yà los pies en sus umbrales. Atribuialo à su inutilidad, y à sus culpas; y besando con rendimiento la mano, que le affigia con el golpe, adoraba los secretos de la Providencia Divina, conformandose con la disposicion, que por los Superiores le intimaba. Cerca de un año se mantuvo el P. Joseph en la Professa, con un incantable tizon al Confessionario, mayormente de los Indios, que preferia siempre à los Españoles diciendo, que de estos avia dexado bastantes en Europa, de donde no lo avia sacado mas, que el deseo de la salvacion de aquellos. Ofreciòle buena ocasion de emplearse en el socorro de estos pobres, la desconocida Epidemia (para quien el idioma natural inventò el nombre de *Matlazahual*) que por los fines del año de 1736. en que S. R. llegò à estas Indias prendiò en Mexico, singularmente en los Indios,

dios, de que murieron tantos millares en pocos meses, que despues de llenar los Cementerios, passaron los cadaveres à inondar tambien los campos. Del inmenso trabajo, que en esta peste llenò de merecimientos, y de gloria à los Hijos de la Compañia; tocò no pequeña parte al P. Joseph, à quien en este tiempo (como S. R. escribiò en una suya) apenas dexaban los enfermos lugar para vivir, y muchos dias no lo permitian rezar, ni aun el Oficio Divino: porque ocupaba los dias enteros, y mucha parte de la noche con especialissimo consuelo en confessar à sus pobres, consolarlos, y hazer con ellos lo que le dictaba, y permitia su charidad.

Con hallarse en un theatro tan opimo de sazonados frutos, pudieran darle por satisfechas las ansias, que el P. Joseph tenia de passar à las Misiones; pero como à estas lo llamaba Dios interiormente, nunca dexò de representar à los Superiores sus deseos, hasta que por premio de sus constancias, logrò que la obediencia lo señalasse à la Provincia de Zonora. La extraordinaria alegría con que recibì el P. Joseph esta assignacion, manifestò S. R. en Carta escrita à uno de sus Novicios, en que le dice: *Ayudeme mi Hermano à dar gracias à nuestro Señor, y à la gran Madre, por el beneficio de averme señalado yá el P. Provincial à Misiones, que lo juzgo de los mayores, que he recibido en mi vida.* No fue menos expresiva otra demostracion, que nos dexò de este gulto. Topò en la calle por este tiempo à un Religioso del esclarecido Orden de Santo Domingo (hoy dignissimo

Prior del Imperial Convento de esta Corte) con quien tenia S. R. el conocimiento, que le diò aver pasado juntos á este Reyno; y sin poderse contener con el re-tractivo de la publicidad, se llegó á su Paternidad, y le pidió mas que con la lengua, con el corazon; cuyo jubilo hablaba en todo el semblante, que le diese un abrazo muy estrecho: porque le hazia saber, que tenia yà licencia, para irse á sus Misiones. Dióselo el Religioso, que despues conto este caso, moviendole la lengua, la ternura, y distandole las voces la edificacion, con que hasta oy ha quedado. Este jubilo le hizo emprender al instante su viaje, rezeloso de que la dilacion originasse algun acaso, que como piguela detuviese la rapidez de su vuelo. Saliò, pues, de Mexico gusto sissimo, por ir á descansar trabajando hasta la muerte con sus Indios. Detuvo se en nuestro Noviciado de Tepozotlan; no por otra causa, que por dar, como diò, menudissima cuenta de su conciencia al P. Rector, que entonces era de aquel Colegio: que solo este motivo pudo tener en su aprecio, fuerza bastante à interrumpir un dia sus jornadas. Pero no contento con aver descubierta una vez su corazon al P. Rector con la sencillez, è ingenuidad, que lo pudiera hazer su mas ajustado Novicio; quedò de acuerdo con S. R. que todos los años le escribiera, como en efecto le escribió, al mismo fin de manifestarle los senos mas ocultos de su pecho, reservandole solo aquellos, que à juycio de la prudencia no le debian fiar del ligero candado de una obla,

ni del infiel sigilo de una carta. Con tan buen pie (como es el que nos dà esta accion, para sondèar el mucho fondo de su virtud) volvió à montar à cavallo el P. Joseph: cuya demòra parece, que aprobò Dios con reforzarle el equipaje, para que doblando las marchas acallasse las quejas, que por la detencion passada le daba la sed ardiente, que tenia de vèrse yà con sus Indios. El caso fue, que llegando pocos dias despues à nuestro Colegio de Queretaro, un Padre le diò una Carta, para que S. R. la entregasse al dueño de una Hazienda, por donde forzosamente tenia que passar el dia siguiente, segun su itinerario. Màs no dudando el P. Joseph, que la Carta era de recomendaciò llegado à la tal hazienda cerca de anochezer, por consejo de su mortificacion se hospedò, y quedò à dormir en la estrecha chozuela de uno de los Indios sirvientes, donde no ignoraba, que seria tratado menos bien, y por esso màs à su gusto: porque lo saldria à cortejar el desamparo, le fazonaria los platos la pobreza, y le mulliria el catre el desabrigo. Así fue; pero para cumplir con su encargo, quando le despidiò por la mañana diò à su bienhechor, juntamente con las gracias la referida Carta, para que la entregasse à su dueño. Leyòla este, quando yà entrado el dia se la dieron; è informado de lo sucedido embiò à detener al Padre para recompensarle en un buen dia el mal hospedaje, que S. R. se avia tomado aquella noche. Màs à fuerza de ningunas instancias, pudo conseguir este regreso; lo que si consiguió sin dificultad.

ficultad fue, que el P. Joseph recibiese el regalo, que le hizo de dos Cavallos. Estos admitió S. R. de buena gana diciendo, que los admitia solo, porque con ellos llegaria mas en breve à sus amadas Misiones, y recompensaria el tiempo, que en Tepotzotlan se avia detenido. Por esso doblando luego sus marchas, no tardò mucho en llegar à su suspirada Zonora, y en ella à la Mission de N. Señora del Populo, à que fue primeramente señalado. Entrò S. R. gustosísimo en esta Mission, no solo por ser estéril de commodidades, y fecunda de trabajos, sino tambien porque estando quasi en la raya de lo descubierro, tenia su zelo abierto el campo para dilatarle sus dominios à la corona de Christo, y à la Ley del Evangelio; bien, que sin salir jamás de los canceles, que sobre esta materia tienen puntos las Leyes de otra corona. Para este efecto pidió, y obtuvo licencia del P. Visitador General de estas Misiones, la que sin duda huviera puesto en execucion, si la obediencia (mirando por su salud, que se comenzaba à resentir) no le huviera mudado à la Mission de los Dolores en la Pimeria alta.

Es esta Mission no menos fertil de fatigas, que la Mission del Populo, aliciente, que facilmente sobornò al P. Joseph, para que admitiese un cambio en que si mejoraba de salud, era sin mejorar de terreno. Por esta causa, pasó à segunda Mission con tanto gusto, como estaba en la primera. Buen testigo nos puede ser de esta verdad, lo que el mismo P. Joseph escribiò à un Hermano,

mano, respondiendole à una en que le significaba los deseos, y esperanzas, que dicho Hermano tenia, de que S. R. volviesse à la Provincia. A esta Carta correspondiò el P. Joseph con otra donde no ay clausula, que no se pudiera trasladar en su Carta de edificacion. En ella dice, que lo solian llamar à confesion de parajes distantes veinte y cinco, y treinta leguas, y que por ir las à hazer le era ordinario caminar quioze, diez y ocho, y aun veinte y dos leguas al dia, siempre con riesgo de encontrarse con Apaches, hombres tigres, y fieras de nuestra especie, que sin dár quartel à Indios, ni à Españoles, luego les quitan la vida, por sazonar con sus carnes su mas regalado banquete. Y despues añade S. R. *To prosigo muy contento, gracias à nuestro Señor, y sin apetecer mas, que morir en los brazos de estos pobrecitos Indios; si ya no sea tal mi ventura, que quiera nuestro Señor, que mi mala sangre la derrame Yo toda por su Fee. De aquí solo quiero salir para el Cielo. Volver à la Provincia tan lexos estoy de desearlo, que me será de summo dolor dexar estos desiertos, y estos pobres hijos. Ya he dicho muchas Missas, y hecho plegarias à Dios, y à la Señora de los Dolores; porque se olviden de mi. Y si me llevaren no tendré duda, que este será uno de los mayores castigos de Dios por mis pecados. Yo vine à esto, y aqui estoy como en el centro, y possession de los deseos, que tive por mas de veinte años, con el dolor, de que se me frustrasse dos vezes passar, una à la Provincia de Santa Fee, y otra à la de Philipinas. Aun las Missiones, que ay en Zonora quantiasas, y muy bien puestas las repugno. A dos de estas he estado ama-*

nazado por favor, y charidad del P. Visitador; y se he reclamado me dexé en la Pimería, donde las cosas están muy en bruto: ay que padecer en comida, y casa, y con los hijos todavía zimarrones: ay pobreza, ay riesgo de ser Yo (como otros Padres) hechizado. A esto venimos: si esto no deseamos, y apetecemos, menos malo fuera estarnos en España. Me ha hecho Das el favor de concederme un entrañable amor á los Indios sin cansarme, ni enfadarme por sus tonteras, ingratitudes, &c. Pues á qué fin, Hermano mio, desearme, que vaya á Provincia. Aquí hago falta; solo por la que ay de Sujetos: allá haré sobra, y aun estorbo. Qué importa, que no nos veamos en esta vida? Encomendemonos mucho á Dios, que toda la eternidad tenemos, para vérnos juntos en el Cielo.

Hasta aquí el passaje del P. Visitador, á quien la confianza con que escribia sin duda le movió la pluma, para que nos dexasse en cada razgo un apunte de sus religiosas virtudes; pues apenas ay algunas, que no se assome á cata descubierta á la narracion de esta Carta: cuyo estilo no desconocerá por ingenuo, quien le acordare, que en esto se parece mucho al estilo de aquella Carta Divina, en que otro Misionero de la Compañía primitiva de JESUS, se hizo Chronista de sus propios trabajos, sin que lo acobardasse el rezelo, de que nos frequentaba un mapa de sus elogios, en cada uno de aquellos períodos, que parecen dictados para texer la historia de entrambos Misioneros: *Periculis in mari, periculis in solitudine, periculis ex gentibus: in labore, & arumna, in fame, & siti, in frigore, & nuditate: prater illa,*

ill et que extrinsecus sunt, instantia mea quotidiana, sollicitudo omnium Ecclesiarum. No quiero proseguir, como profiere el Apostol; porque el Apostol continua su Carta, diciendo, que enfermaba, quando enfermaban sus hijos: *Quis infirmatur, Et ego non infirmor?* Y Yo es forzoso, que continúe la mia diciendo, que el P. Joseph enfermaba, aun antes, que sus hijos enfermasen; tomando S. R. sobre si la enfermedad, que á ellos amenazaba. Así le sucedió con el contagio peligrosísimo del Matlazahual. Es el caso, dignísimo por cierto de reparo, que aviendose prendido, como diximos, en Mexico la llama de este tan nuevo; como fatal accidente, se internò su voracidad hasta la remotísima Provincia de los Pimas, donde ya eran funestos los estragos, que hazia en sus naturales. Conoció el P. Joseph el peligro, que se acercaba á sus Pueblos, y la muerte, que andaba rondando á sus Indios: por esto queriendo salir al encuentro de este torzigo con el mas eficaz antidoto, y cerrar el passo á la peste con el preservativo mas seguro, hizo una Procecion de Rogativa, en que sacò la Imagen de su singular Abogada MARIA Santísima de las Angustias (amable titulo, cuya frecuente invocacion haze fácil de celestiales favores al suelo Granadino, en que el Padre se alimentò con esta devocion cordial, á la que por Madre de JESUS llamamos todos *Salud de los enfermas*). Concluía el P. Joseph las preces de esta rogativa, suplicandole á su affigida Patrona, que librasse del imminente contagio á su Mision, pues era justo, que

estando canoblezida con el nombre de sus Dolores, gozasse fueros de immune, siendo su nombre una Torre fortissima, que la defendiese de la muerte, en aquel tan evidente riesgo de la vida. A esta deprecacion añadiò luego, que si era del agrado de lo Santissimo Hijo, y del suyo, S. R. se ofrecia gustoso à padecer aquella enfermedad: porque no la padeciesen los amados Indios de sus Pueblos. Y aqui dos contingencias (yà que no se les dà otro nombre) que es forzoso se hagan advertir de la atencion mas dormida. El mismo dia, que el P. Joseph presentò este Memorial por mano de su Abogada en el Tribunal de la Misericordia Divina, se sintió S. R. herido del vezino contagio, que no contento con afligirlo en una ocasion, le repitió despues otras dos vezes: como si para redimir del mal à los tres Pueblos, que comprehendia su Misson, fuera preciso, que tres vezes padeciera el contagio S. R. quien con la repeticion de estos golpes, tuvo tan à peligro su vida, que corrió su muerte por cierta, tanto, que por todos los Colegios de la Provincia la fueron publicando con voz impresa los moldes. A esta primera contingencia de su enfermedad, contraida el mismo dia de su suplica se siguió la segunda, y fue, que ni uno solo de sus Indios padeciò el accidente; cuyo miedo los tenia à todos azorados. Alababa el P. Joseph à Dios, y à su Santissima Madre por esta singular misericordia, añadiendo era muy puesto en razon, que no padeciesen sus pobres Indios; pues era S. R. el malo, y el que merecia solo

mas castigo, que todos ellos. Y à se ve, que dilatado margen se descubria aqui, para que mientras el P. Molina alababa las piedades Divinas, elogiara Yo en S. R. la profunda humildad de su dicho, y la charidad heroica de lo hecho: pues aviendo este llegado à ofrecer su salud, y su vida, por la vida, y salud de sus ovejas, es necessario decir, que S. R. llenò el oficio de buen Pastor, quando su charidad tirò la barra hasta ponerla en aquel termino donde se lee gravado el *Non plus ultrà* del oraculo de Christo: *Majorem charitatem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis.*

A vista de este paternal amor, que tenia el P. Joseph à sus Pueblos, no pudo menos, que serle sensibilissima la noticia, que à los dos años de vivir en ellos, recibiese estar señalado por Visitador General de todas nuestras Misiones.: oficio, que por no dexar à sus Indios huviere propuesto, si no se le embarazara la resolución firme, que tenia de no proponer cosa alguna, que le ordenasse la obediencia. Luego, que recibió el P. Visitador su Patente, tuvo bien en que mostrar su constancia, su zelo, y su prudencia en el cuidadoso caso, que por entonces se ofreció. Este fue el alzamiento de los Indios, que pueblan las riberas de aquellos dos celebres Rios Xiqui, y Mayo, que despidiendose de la tierra con abrazar la Provincia de Zinaloa, van à parar en el Mar del Sur su delague. En esta sublevacion fue mucho lo que tuvo, que tolerar el sufrimiento de los Nuestros, no solo por la parte de los Indios amori-

nados, sino tambien, y aun mucho mas, por la parte
 de aquellos Españoles, que por razon de los empleos
 debian aver bufocado en sus cosas el tormento: porque
 comiendo este po esta centella con la misma inaccion,
 y desidia de los que tenian mis especies, la obligacion de
 apagarla, conocieron estos el riesgo, que corria su for-
 tuna, si no compurgaban la vehemente sospecha, y del-
 vanizaban la publica voz de omisos, que peleaba contra
 ellos. Por esto para rechazar esta voz, y fundar aquella
 sospecha, tomaron el medio de arrojar a nuestra Casa
 el fuego, que ardia en la suya, y asi decian, que los
 Nuestrros sivan sido la causa del disturbio, y que este
 despues de nacido, se pudiera con facilidad aver ahoga-
 do si los Padres Misioneros de aquellos paises, no se
 navieran hecho parciales del vando de los Indios. Para
 colocar, y esforzar los dos articulos de esta notoria im-
 postura, jugaba la emulacion contra Nuestrros aque-
 llas armas, que mas vivamente nos hieren: porque ti-
 ran a vulacar el buen nombre, y credito de nuestra
 Madre la Compania. Esta era la tormenta, que a soplos
 de la calumnia, se fritaba cada dia mas en las aguas del
 Mayo, y Xitqui, a donde luego que tiro noticia de
 ella, se partio el P. Visitador caminando dia, y noche
 en la estacion mas impotruna del año, hasta que ven-
 cida embreve tiempo la del medida distancia, se lle-
 go a poner en lo mas ardido del empeño, presentándose
 como muro a que acesse el golpe de sus tiros, la san-
 de nuestros contrarios. Nuestra facil decir en breve lo

que trabajo agui la discrecion, eficacia, y destreza del P. Visitador: ya reduciendo a camino los Indios abandonizados, quando estos solo pensaban en buscar modo con que hazer al P. Joseph su prisionero: ya refutando las falsedades, con que los Espanoles empañaban el candor de nuestra Sagrada Religion, y buen nombre de sus Apostolicos Hijos: ya en mantener a los Operarios Jesuitas en el cultivo de la vna, que tenian encomendada; la que muchos huvieran desamparado saliendo de los Misiones, por pensar eran aquellas las circunstancias mas exactas, en que se haze loable la execucion de aquel consejo evangelico: *Cum persequuntur vos in ista Civitate, fugite in altam*; si el P. Joseph no los huviera detenido con la energia asable de sus instancias, y razones, pues con estas obligo a que se mantoviesen en su puesto, y estacion peleando contra los ardidés, y azechanzas de otro Sizara, las religiosas militares estrellas, que estan llenando de luz aquellas remotas Provincias. A rebatir estas puntas enderezo el P. Visitador, como a blanco la energia de la lengua, y buen corte de su pluma, cuyo cañon, como si lo fuera de batis, hizo tanto fuego de razones, que a ellas se debio la mayor parte del buen éxito, que en Mexico decidio a nuestro favor este litigio. Pues el Informe, que hizo el P. Visitador fue el arzenal de donde salieron en gran parte las armas, que obligaron al Superior Gobierno a remover de su cargo el Gobernador de aquella Provincia, e hizieron, que le entrasse a suceder en el manejo del baston un Sujeto

muy de la aprobacion del P. Joseph por las muchas prendas, que tenia, y por las muchas esperanzas, que con ellas daba, de que con su gobierno se levantaria en aquel pais el iris de la quietud, tranquilidad, y paz deseada, como luego se comenzó à experimentar. Conseguido este trophéo comenzó à respirar ayre mas puro la fama de los Nuestrs, y fue poco à poco serenando la tormenta, que hazia corriessen turbias las crystalinas aguas de aquellos apacibles Rios; y hasta entonces se mantuvo el P. Visitador en sus fronteras: de donde por ultimo cantada la victoria se retiró à su Mission, gustoso de aver trabajado no solo por defenderle à nuestra Religion su lustre, sino tambien por mantener nuestra Catholica Religion en aquellas bastas Provincias; cuya felicidad para con Christo vive, y se conserva à la sombra de la fidelidad, que guardan à nuestro Catholico Monarcha.

No pasó mucho tiempo despues, que el P. Visitador tuvo el consuelo de volver à su Mission, sin que sintiese las resultas de su desmedido cansancio, en una penosa enfermedad, que le sobrevino de tanto cuydado, que luego hizo manifesto su peligro. Quiso Dios, que saliese de este S. R. y sin aguardar à que la lentitud de una convalencia asistida restaurasse las fuerzas, y los brios, que totalmente le avian usurpado tres meses de grave indisposicion, se puso otra vez en camino, para comenzar su visita; la que solo pudo hazer en Zonora: porque aviendo visitado esta Provincia con singular

acierto, quietud, y charidad, se le renovaron sus anti-
 guos accidentes, y le faltò del todo la salud precisa para
 continuar su carrera. Yà andaba el P. Joseph bastante-
 mente postrado de sus achaques, quando pocos dias an-
 tes de entrar en la Tharumara alta, le repitiò en el Pre-
 sidio de Janos su antigua calentura, nunca mas maligna,
 que entonces. Fue esto por los fines de Quaresma:
 y creyendo el P. Visitador, que en aquel sagrado tiem-
 po, no debia mirar tanto por su salud corporal, como
 por la espiritual de sus proximos, olvidado de su que-
 branto, se dedicò à predicar assi en aquel Presidio, como
 en su comarca varios Sermones Morales, de que cogia
 despues à manos llenas el fruto, que à los pies se le ve-
 nia. Parece, que intentaba el P. Joseph apagar un fuego
 con otro, y ahogar en las llamas de su charidad los ar-
 dores de su fiebre; pero no le fue posible: porque irri-
 tada esta con su mismo desprecio, se iba cada instante
 poniendo à su vida mas estrecho sitio, tanto, que le fue
 forzoso, no yà el salir, sino dexar, que lo sacassen del
 Confesionario para llevarlo à la cama, de la que toda-
 via bien enfermo se levanto, solo por irse à morir, como
 decia S. R. en Casa de la Compania. Llevandose, pues,
 consigo todos sus accidentes prosiguiò el P. Visitador
 su camino, hasta que llegò à la Tharumara. Visitò la
 Mision de Yepomeras y juntandose alli con un Padre,
 à quien S. R. avia llamado, para que le acompañasse
 en la visita de aquella Provincia; quando se hubo de
 partir con dicho Padre à continuarla, le dixo presia-

tiendo la cerca de la de su ruete: *Vamos Compañero, que hasta Santo Thomas, o Papigochi, iremos juntos, y lo allí me quedaré en el Cementerio. Pronostico acertado, que fin dudo leyó S. R. en las tablas de su corazon, y en los signos, que ya observaba en sus achaques.*

A vista de estos rogaron al P. Joseph, que suspendiese la trabajosa empresa de su dilatada visita; pero se excusó diciendo, que que ya tenia el consuelo de morir en su oficio: quizá para morir tan gloriosamente como el Sol, en el actual exercicio de visitar sus lucidas Casas. Partiose, pues, a continuar su derrota, sin que en este camino fuese otra su conversacion mas, que de la muerte, para que se preparaba creyendola ya muy vezina. Llegó preocupado de este pensamiento el dia 19. de Abril a la Misión de Sto. Thomas, donde pasó todo aquel dia, y parte del siguiente con un aparente alivio: pero luego quasi de repente se atumultuaron los achaques, y le dieron el sbanze con tal impetu, que fue menester administrarle el Viatico, y pocas horas despues la Extrema Uncion; como se executó asistiendo a estas ultimas piadosas funciones seis Jesuitas: Comunidad pasajera, y para estos paramos tan crecida, que difficilmente se juntará otra vez igual. Esta prisa con que corria la enfermedad, hizo, que se tomase la determinacion de no dexar solo aquella noche al P. Joseph. Mas noticioso S. R. del animo, que tenia su Compañero, agradeciendo su charidad le dixo: *Bien puede V. R. desayudar ahora de mí; pero mire, que mañana en la noche no*

me dexé un punto solo. Y el efecto mostró quan fundado era este miedo, que tenía nuestro enfermo: porque la noche siguiente fue la ultima de su vida. Esta noche siguiente, como à las diez, perdió el uso de la lengua: pero no ignorando, que tambien los ojos hablan; comenzó desde allí à hablar con los ojos. Con ellos pidió primero lo que no se le pudo conceder, por lo que peligraba su vida, en el movimiento mas ligero. Esto fue, que le pudiesen la corona; como si fuera preciso, que su cuerpo se adornara con esta vestidura nupcial, para que su Alma fuese admitida à las bodas celestiales del Divino Cordero. Despues (tambien por señas) rogò, que le arassen à la mano el Santo Crucifixo, sin duda para morir con las Armas de su Milicia en la mano: y así las empuñò; para salir al ultimo combate, que ya sentia muy vecino.

Mientras, que llegó esta hora, se le fugieron al P. Visitador aquellas jaculatorias, que S. R. mismo tenía prevenido à su Compañero le inspirasse al verlo en aquel conflicto. A estas respondia el P. Joseph no con los labios, sino con el corazon: de donde salian como eco los afectos inflamados, que no cabiendo en el pecho, se affomaban al semblante en un color tan encendido, como si la muerte cansada yà de ser palida, hiziese alarde, de que tambien tiene purpura con que cubrir alguna vez sus trophèos. Registraba yà el P. Joseph los horizontes de la eternidad; pero con aspecto tan agradable, y semblante tan risueño, como si tuviera su

rostro salpicado con las dulces gotas de aquel impetuo-
 so rio, que llena de jubilo la Ciudad Santa de Dios, à
 donde caminaba. Las dos de la mañana serian, quando
 la densa nube de no sè que terrible congoja interior
 turbò toda esta bonanza, segun se echò de vèr por la
 inquietud de las olas, que el Alma refacaba à las orillas
 de los ojos; pero calmò à breve rato la tormenta. Soffe-
 gòse el P. Visitador, y restituido è su antigua serenidad,
 con un semblante mas apacible, y alborozado, que
 nunca, hazia señas à lo Compañero de que mirasse,
 como que alli avia alguna cosa, que le cautaba particu-
 lar alegria: *Persuadome* (dice refiriendo este caso el Pa-
 dre, que à la sazón le acompañaba) *no con leve fundamèn-
 to, que gozaba entonces la presencia del V. P. Manuel Padial:
 porque años antes me avia comunicado el P. Visitador Gen-
 eral Molina, que tenia el consuelo, de averle prometido su Santo
 P. Padial assistirle en la hora de la muerte; de lo que poco
 antes de perder el uso de la lengua, reconvenia el P. Joseph al
 V. Padre, executantolo al cumplimiento de esta su promessa,
 con una firma de dicho V. P. Padial, que tenia à los pies de
 su Santo Crucifixo. Hasta aqui el Compañero del P. Vi-
 sitador: à cuya docil creencia, suave joyzio, y benigno
 parecer no pretendo Yo, que se le dè mas afento, que
 aquel que se mereciere la razon, en que estriva su pia-
 dota conjetura. Lo que si tengo para mi por cierto es,
 que el P. Visitador le tenia con sus virtudes muy mere-
 cidos al Cielo, sus especiales focorros para aquel ultimo
 conflicto. Y asi no es de estrañar, que la Misericordia*

Divinos, se le hiziesse en aquel lance muy presente: yà fuesse embiandole al V. P. Padial, que como Angel lo confortasse en la lucha de su postrema agonía; yà fuesse por otro modo de los muchos, que Dios tiene para favorecer à sus escogidos, quando los vè puestos en el duro petro de la tribulacion. Así lo estava el P. Joseph quando nuestro Señor fue servido de consolar à S. R. con volverle aquella summa tranquilidad de corazon, que antes gozaba. Con esta paz, y quietud interior, y exterior prosiguiò escribiendo el ultimo renglon de su vida, hasta poner el punto final, no con otra tinta, que con la sangre de su Redemptor; pues para esto conociendo, que su Alma, se despedia yà de su fatigado cuerpo, por irse à incorporar en el Coro de los Justos, que con alegría la aguardaban; estrechò (lo mas apretadamente, que pudo) entre sus brazos, y restro las dos Imagenes de Christo Crucificado, y de MARIA Santissima de las Angustias, que fueron siempre los dos exes; en que se volteò su devocion. Al calor de este dulcissimo abrazo, se encendiò el espiritu del P. Visitador de manera, que à vista de tanto fuego se ablandò de suerte la cadena, que lo tenia atado al biete de su cuerpo, que pudo facilmente romper sus eslabones, y escalar la prision en que gemia, por ir à gozar en el Cielo la libertad, que deseaba: pues muriendo, como murió, el P. Joseph teniendo en sus brazos à MARIA Santissima, que es la feliz puerta del Cielo; y en su mano à su precioso Hijo, que es la llave maestra del Empyreo; podemos creer,

que su dichosa Alma toparia tan facil entrada en la Gloria, como quien tenia la llave, y puerta de la gloria en su mano.

Asi se lo persuade piadosamente nuestra con-
fiatiza, no solo por el fundamento, que dan à esta per-
suasion las tiernas circunstancias (ahora dichas) de su
preciosa muerte; sino mucho mas por las premissas, que
nos ofrecen para sacar esta ilacion, las religiosas virtu-
des de su ajustada vida. Aunque algo de estas queda
tocado en el discurso de esta Carta; sin embargo antes
de cerrarla, no puedo menos, que añadir à lo dicho
uno, ù otro de sus apreciables exemplos: bien, que sin
observar orden alguno de dignidad entre aquellas vir-
tudes, à cuya classe pertenecen; estando seguro de que
no por esto deslucirà mi confusion en referirlos, la her-
mosura, que se percibe en escucharlos; como no se des-
luce la belleza de las flores, porque se miran tal vez ba-
rajadas sin distincion en un ramo; ni el Cielo ahoga la
luz de sus estrellas, quando nos las descubre dispuestas
solo con un lucido desahño.

Es la humildad aquella escala por donde bixan
los Atletas de la santidad, à buscar su proprio conoci-
miento en la tierra, sabiendo, que con mas verdad, que
Athens llevan la victoria segura, quando para pelear
contra los enemigos del Alma, no salen de la trinchera,
que les forma su nativo polvo: y en todos los grados de
que se compone esta escala, nos dexò estampadas sus
huellas el P. Molina: de fuerte, que à cada passo se dexa
ver

ver en vestigio bien impresso de su abatido espirito. No parece, que sus pensamientos tenian mas objeto, ni mas esfera, que el infimo conocimiento de su nada, segun, que todos ellos iban como lineas à terminarse à este centro. Así se echaba de ver en su amable conversacion, la qua començando muchas vezes por materias, no muy concernientes à la propria humillacion, sin embargo por lo comun solian acabar en este punto. Baste para prueba de esto, uno de los muchos rrazgos, que citò su pluma en una Carta respuesta à cierto Hermano Novicio, que mal hallado con la sequedad, que padecia en sus exercicios espirituales, ofreciò margen abierto al P. Visitador, para que le respondiera de esta suerte: *Quisiera mi Hermano, que no le faltasse la leche de los consuelos, y devocion sensible; pero el Señor dispone lo mas provechoso à mi Hermano. Si siempre durara la leche, quando se acabarian las niñerías? Quando la virtud iria cobrando vigor, y robustes? Quando profundaríamos en el conocimiento de nuestra propria miseria? Es la sequedad una tribulacion, que nos haze ver (aunque no queramos) nuestra flaqueza, nuestra instabilidad, y finalmente nos haze levantar los ojos, y el corazon à los montes de la Divina Misericordia, de donde nos ha de venir el consuelo, la fortaleza, el verdadero fervor y todo nuestro bien. Y aunque no huviera otro provecho en la sequedad de espiritu, que este mas claro conocimiento de nosotros mismos, del era esto solo contrapesar à todos los bienes, que nos trae la consolacion. Tan en la memoria tenia el P. Joseph el abytno profundo de nuestra baxeza, que esta*

era la primera rezeta, que aplicaba à qualquier enfermedad propia, ò agena. De esta fuente del conocimiento propio, nacia aquellos arroyos de humildad, que corrian siempre àzia lo bajo de su mas profundo desprecio. De este manantial brollaban aquellos inquietos temores de su salvacion, que lo affigian; aquellas preguntas sobresaltadas, de si se condenaria? Aquellos sustos con que se acordaba de la cuenta, que Dios le avia de tomar de sus muchos beneficios; y muy especialmente del que le hizo teniendole tantos años à la vista del V. P. Padiàl, de que tampoco se avia aprovechado, no encendiendose (como S. R. decia) en llamas de charidad, con tener tan inmediato aquel Vesubio de amor divino.

De la misma vena salia el ningun concepto, que formaba de sus escogidos talentos. Pidiòle una vez un Hermano al P. Joseph durante la embarcacion, que lo llevase en su compania à explicar la Doctrina Christiana à los Grumetes, y rezar con ellos el Rosario, como S. R. lo hazia. Mès à esta petition lo que proveyò S. R. fue decir: *No, Hermano mio, que esos exercicios solo son para mí, que soy inutil, y no sirvo para otra cosa, que requiera un adarme mas de talento.* De fuerte, que quando los Superiores tenian al P. Visitador por muy nacido, para que con el hilo de su explicacion, desentredasse desde la Cathedra los mas ciegos labyrinthos de la Theologia; el P. Visitador juzgaba, que solo podia servir para explicar à un auditorio, de todos los primeros terminos de

de la Doctrina Christiana. De esta manera se disminuía su talento en la balanza de su juyzio siempre inclinada à su abatimiento, y desprecio. Sucedió en varias ocasiones, que en presencias del P. Joseph contravirtiesen dos Hermanos Estudiantes, sobre algun punto yà etholastico, yà moral. Y quando la contingencia de la disputa pudiera torzer con facilidad la llave, para que su erudicion, y su estudio desaguassen las bellas noticias, que tenian repressadas en semejantes materias; estaba el P. Molina tan lexos de lograr esta ocasion de sacar sus letras à plaza, que antes por el contrario emmudecía, como si fuesse totalmente forastero en aquella facultad. Y si acaso los dos Antagonistas acudian à su Tribunal, para que sentenciase su pleyto; franqueandoles en su respuesta la solucion de su duda, entonces usaba un estilo muy proprio de su encogimiento. Este era ocultar su proprio parecer, y decir solo lo que otros decian, reduciendo à estos terminos su respuesta: *El P. Suarez, ó el P. Sanchez dicen esto, ò aquello sobre el punto.* Y dandoles registrado el Author (si estaba à mano) volvia luego sin añadir cosa de suyo à su humilde silencio; manifestando con este modo encogido, de responder mas alta sabidoria, que la que quiso mostrar el engrimiento de Eliù, respondiendo à la controversia de Job: *Plenus sum sermonibus: aperiam labia mea, & respondebo, & ostendam scientiam meam.*

Tambien era su humildad la que le hazia confesar con mas gusto à la gente pobre, y despreciada, que

que à la noble, y poderosa; sucediendo muchas vezes (como ya diximos) que retirasse à los Españoles de sus pies, porque llegassen primero á confesarse los Indios. Mientras estuvo en el Puerto de Santa Maria, debió al Ilmo. Señor Obispo electo de Yucatàn D. Francisco Matos Coronado, el repetido favor de que muchas tardes enteras viese aquel Gran Prelado à su aposento, con el fin de consultar al P. Joseph sobre los graves negocios, á que ya entonces llamaba sus atenciones la Mitra. Y es prueba la mas eficaz, y solida del aprecio, con que mirò aquel sabio Principe los dictámenes del P. Visitador, aver solicitado S. Ilmo. quando se hallaba ya en su Diócesi, que le señalassen à ella al P. Joseph; esperando sin duda, que su madurez, direccion, y consejo podrian contribuir no poco al acierto de su cayado. Supo el P. Visitador las insinuaciones con que el Señor Obispo avia manifestado estos deseos al P. Provincial, que entonces era; y luego abrazò el escudo de su humildad, para rebatir tan grande honor, sin que se embarazasse en su destreza el dialecto de su encogimiento, con el de la gratitud: porque dexando primero, que la gratitud agotasse sus mas ingenuas expresiones, para estimar à S. Ilmo. el excesivo favor de querer honrarlo con la intermediacion de su lado; entrò despues su encogimiento humilde alegando tales razones, que hovo de prevalezer, impidiendo su embarcacion para Merida; à donde lo pudiera llevar viento en popa, la suave brisa del cariño, del favor, y confianza, que debia à S. Ilmo. à

quien este despego del P. Visitador estava tan lexo de dar algun motivo de queja, que antes se lo dio para nueva estimacion, conociendo, que no tenian otra causa las resistencias del P. Molina, sino ver, que no le avia de sentir bien aquel temperamento, donde ya lo estaban esperando sus estimaciones, y aplausos.

A estos miraba con desabrimiento, y con feño reservando toda la compiscencia, y agrado para sus desprecios, y apodos, los que quisiera oir de boca agena con tanta frecuencia, como los oia de la suya; pues parece no malegraba ocasion de enojar se con aquellas expresiones, que el amor a su vilipendio le sacaba del corazon a la lengua. Entre otras, que usaba mucho, como era llamarle estorbo insupportable para la Religion, miembro inutil para sus ministerios, Siervo indigno no solo de servir, mas aun de citar a los pies de sus hermanos, y otras del mismo quilar, le era muy familiar aquel apodo con que se familiarizaba, diciendo de si que era solo un pobre trompeta. Y es verdad, pero en sentido muy diferente del que S. R. tenia formado de si, que era el P. Visitador sobre trompeta: porque era trompeta de ORLO a quien como a Israel avia Dios encomendado, que con su predicacion tocasse al arma contra las escuadras del abismo, haciendo a los hombres senta del romper con todo, por conseguir la mas gloriosa victoria del mundo, del demonio, y de la carne; formidables enemigos, cuya triple alianza solo sabe ceder, quando el clarin de la penitencia les toca a re-

tirar: *Quasi tuba exalta vocem tuam, Et annuntia populo meo scelera eorum, Et domui Jacob peccata eorum.* En este sentido, verdaderamente fue el P. Visitador Trompeta, y no sin el episcopo de Pabre, que siempre viene engastado en el trabajo empleo de Predicador Apostolico; pues nadie ignora, que este titulo tiene todos sus reditos librados en el banco de la pobreza.

Fue muy rigida la que profesò el P. Joseph, dexando no solo con el efecto, sino tambien con el afecto, y aficion todas las cosas de la tierra, por estàr así mas desembarazado para correr en seguimiento de la fragancia, con que convida à su imitacion el desuado JESUS. Buena testigo de este deshazimiento, y despegote nos ponía delante de los ojos en su vestido, en su aposento, y en todas las alhajas de su uso. Cuydaba en el vestido de la limpieza, y asseo, que prescribe nuestra Regla; pero sin duda era mayor el cuydado, que ponía no solo en sufrir, sino en solicitar, que cupiesse à S. R. el peor de Casa, creyendo, que el traje mas medido al desmedrado talle de sus cortos merecimientos, era sin duda el mas rozco, grossero, y remendado. Nunca quiso, aunque pudo, tener de su mano otra sotana, camisa, ni ropa alguna, con que remodar la que traía ordinariamente al trabajo, por no ofender con esta, que pudiera passar por inculpable economia, y por cautelosa providencia, la que tienen nuestros Superiores de sus Subditos, y la que tiene Dios de sus pobres. Pero qué mucho fuesse el P. Joseph tan mirado en escusas lo que

podia tener visos de superfluo, si con la misma delicadeza escrutaba tambien, lo que à vista de la censura mas severa podia passar por preciso? Quando llegado de España, huvo de subir de la Vera Cruz à Mexico, hizo (como los demàs Sujetos de la Mision) à cavallo su viaje; pero sin querer tomar contra las incommodidades de camino tan dilatado el no menos facil, que ligero resguardo de unas botas, las que acaso tuvo por de màs su pobreza, imitadora de la que practicò el Eximio Doct. y V. P. Francisco Suarez, cuya Historia se ilustra con un exemplo tan parecido, que puede ser el original de esta copia. Este deseno de cerzenar alhajas, que juzgaba poco precisas, le moviò tambien à no usar jamás de virrete; por màs que las circunstancias de estàr sudando no solo cohonestaran, sino que pidieran tambien aquel abrigo. Y si entonces alguno de los que se hallaban presentes le persuadia, que con un virrete se abrigase, por que el ayre no le introduxera una constipacion por tantas puerttas, como tenia francas en sus poros, se desembarazaba facilmente de esta charitativa fuerza, diciendo no sin gracioso à quien se la hazia: Padre mio, cabeza loca no quiere toca.

Asi dexaba gustosa no menos à su pobreza, que à su mortificacion, virtud con quien tenia hecho trato de compania; pues ya se sabe, que en sentir los efectos de la pobreza, queda siempre la mortificacion interesada. Mucho fue lo que se diò el P. Visitador à esta virtud, ya reprimiendo las torcidas inclinaciones del Ab-

ma, y a refrenando los di. (votos) destrictos de los capos,
 contra quod las mientas de la m. de p. del. (abstine) (est) (sub) (tine), que
 se ha de impedir en los sob; para mayor de las sus de las, y
 para que se el dijere de leyable, que podria ny y obligaci
 los a que se echasen de p. ctos: abjaliz. de la brido, que
 requirieron. Por assea la mortificacion grande, que se en
 config. los en misterios de de cohera. la ca. f. a. f. a. y. y. p. r. d. i. b.
 can, en que cogallo su vida de P. de Joseph, a. n. d. i. e. S. R. a. n. t. a. s.
 m. d. h. a. s. De algunos se tenemos en noticia de noticia en
 los ap. n. d. i. e. n. t. o. s. c. i. t. a. d. o. s. q. u. e. n. o. s. h. a. x. o. s. e. p. l. u. m. a. p. u. e. s.
 ellos m. n. o. s. a. q. i. s. i. m. p. d. e. l. p. r. o. p. h. i. t. o. q. u. e. x. e. n. i. o. h. e. c. h. o. d. e.
 ayunas, de traer disciplina, y ponerlos dos cilicios en
 todas las vesp. ras de las festividades de la Santissima
TRINIDAD, de nuestro Señor J. e. s. u. C. h. r. i. s. t. o., de la San-
 tissima M. a. r. i. e., de S. S. Joseph, del Angel Custodio, y
 otros diferentes Santos de su especial devocion. Ellos
 nos avisan la obligacion, que se avia impuesto de dor-
 minir cada semana algunos dias sin sabanas: de no comer
 la frasa, que le pudiesen mas de su gusto: de ser in de-
 fecto los Viernes, y los Sabados en executar alguna
 de las quellas mortificaciones acostumbradas en nuestros
 Refectorios, pequeñas en sí, pero grandes a los ojos de
 la consuetudine: Ellos nos avisan la practica, que
 estaba en el azotarse, y era no moverse en la cama de un
 lado, hasta que tomaba el sueño lo que en muchas ve-
 zes se execute sin fatiga, otras muchas no se puede exe-
 cutar sin sufrir una gravissima molestia, por ventura no
 evitar, que la que ocasiona al cuerpo a aquellas armas,

que se fôrjan, de propósito para mortificarlo. De estas
eran muchas las que tenía el P. Visitador. Tales eran
(como testifica quien las vió) una Cruz de púrpura peni-
tentes, qué todos los días apretaba en pecho por espacio
de algunas horas. Varias disciplinas de cañamo, y unas
de hierro con puntas, y botones de la misma materia,
que con lo sangriento de todas, estaban publicando bas-
tante su uso. Diferentes cilicios de brazos, y de
muñitos, y de cintas, cuyo frecuente manejo se echaba
de ver con claridad, por lo que el Padre, que le acom-
pañó hasta la muerte, escribe en una luya, donde dice
de esta manera: *En la aspereza de sus penitencias fue el P.
Molina tan constante, que ni el continuo caminar, ni las indis-
posiciones de las casi diarias calenturas le impidieron el exer-
cicio de ellas. Yo después de varias persuaciones, y cargos,
que le hizo solo pude conseguir, que nueve días antes, que mu-
riese, se quitara un muy áspero cilicio, que en treinta años raras
veces (obligado de los Superiores) se avia desaulado. Y como
tubo en estos días (prosigue dicho Padre), padeciese muy
agudos dolores, originados de su continua mortificación, y Yo
quisíste aplicarle los remedios, que estaban rezetados; me
soló decir: *K. R. tiene la culpa; porque Yo soy llevado por
mi; dexeme usar de mis emplastros, y verá como se quitan
mis dolores.* Hasta aquí la pieza de la referida Carta,
adonde se ve el señõ que puso en mortificarlo con un
perpetuo cilicio ni P. Molina, y los chistes con que abo-
gaba à favor de su penitencia, quando estaba ya para
morir, no queriendo dexar, ni aun en aquella hora el
dulo*

duro peto, que hasta entonces avia traído, desde que se lo ciñó al sentar plaza de Soldado en nuestra minima Compañia.

Y si el tiempo, que vivió en ella se dió tanto el P. Joseph al exercicio desabrído de una mortificacion sangrienta, no fue menos lo que se entregó al ocio dulce de una meditacion profunda; como quien tenia entendido que oracion, y mortificacion son dos alas, que debe batir igualmente, quien desea volar à la cumbre de una perfeccion elevada. Por esso al compaz, que la una se movia, acompañaba la otra: y assi aviendo dicho, que su mortificacion fue perpetua, en esso mismo dexò insinuado, que su oracion fue continua. Esta oracion era la llave de oro con que al abrir, y cerrar las puertas de sus sentidos, abria tambien, y cerraba las puertas de sus religiosas tarèss. Luego, que por la mañana se vestia al oír la primera voz de la campana, se iba à visitar al Santissimo Sacramento: en cuya adora- ble presencia, no solo gastaba la hora, que tienen destinada à la meditacion nuestras leyes, sino tambien otros ratos, que à vezes dexa desembarazados la distribu- cion religiosa. Con esta primera hora de oracion se preparaba para continuar meditando en la Missa, que jamàs dexò de decir, mientras se lo permitió la salud. Solo en el Navio se le passaron sin celebrar algunos dias: porque no aviendo alli oportunidad de que celebra- sassen todos los Sacerdotes, fue preciso, que al P. Mo- lina tocasse alguna vez la suerte de no poderse llegar à ofre-

ofrecer el incremento Sacrificio. Aunque no por esso dexaba de sentarse todos los dias á la Mesa de los Angeles; pues para acallar las anciasticernas de su devocion, comulgaba en otra Misa, quando no la podia decir S. R. De esta suerte alimentado todos los dias con el Pan, que nos amazò la Sabiduria encarnada, le era forzoso dar tambien todos los dias por tan inefable beneficio, á su Bienhechor las debidas gracias, como lo hazia por espacio de media hora, regalandose con el Divino Huel ped, que tenia en sus entrañas; y manteniendose despues interiormente en su presencia, no solo quando hablaba con su Magestad al rezar las horas Canonicas, el Rosario; y otras varias oraciones, sino tambien quando por amor de su Magestad confessaba, predicaba, ò atendia á qualquier otro ministerio; como que todos los emprendia por su mayor obsequio, y los ordenaba á su mayor gloria.

Con esta presencia de Dios, que todo el dia conservaba (segun se puede colegir de su exterior composura, y de su abstraccion silenciosa) bien podemos asegurar, que quasi gastaba en oracion todo el dia, sin que esto fuesse impedimento, para que en el mismo empleo gastasse tambien no pequeña parte de la noche. Los meses, que se mantuvo en el Puerto de Sta. Maria observaron algunos de sus Novicios, que luego que se tocaba á acostar, iba el R. Joseph á visitar al Santissimo Sacramento: y se detenia tanto en esta visita, que venciendo el sueño á la curiosidad de los que lo observaban, no les

les fue fácil saber, hasta que horas dormían aquellos
 tieños coloquios. Lo cierto es, que duraban mucho, y
 si queremos probar, que el P. Joseph se estaba muchas
 veces en estado de inocencia con su Dios, hasta la me-
 dia noche, tendrá nuestro pensamiento un apoyo no
 vulgar en este caso. La primera noche, que estuvo en el
 Castillo de San Juan de Ulua la Misión en que vino el
 P. Visitador, se recogió S. R. á dormir con todos sus
 Novicios á una sala, donde á pesar de la dureza del col-
 chon (que se componia solo de una estera, de las que
 por acá se conocen con el nombre de perates) tuvo poco
 que hazer el sueño, para dominar aquella juventud
 rendida del festo, de la zongoxa, y del precedente can-
 faneio. Pero este no pudo evitar, que despertasse un
 Novicio á media noche, y como se levantasse á no sé
 que diligencia, vió, que el P. Joseph estaba sin acollar-
 te, retirado en un rincón no con obscuros indicios, de
 que negaba á su cansado cuerpo el reposo, por dexar,
 que reposasse su espíritu en el trato con su Dios.

Y si en una noche como aquella en que forzo-
 samente estava el P. Joseph sobre manera cansado, no
 solo con las incomodidades de navegación tan pro-
 lixa, si solo con la inquietud, con la lucha, y sobre
 todo, que padecian aquella tarde los humores afron-
 tados con el impudico tropel en que se vieron de
 un lastimoso naufragio, sino también con el laborioso
 exercicio del Sermon, ó Platica, que (como ya hizimos
 mención) acababa de predicar. Si en una noche, digo,

en que toda esta fatiga, y trabajo à manera de un oyo
 el mas activo, convidaba las potencias à que se corre-
 gassen al sueño, se estuvo el P. Joseph tan de espacio
 conversando con nuestro Señor; bien se dexa inferir,
 que con el mismo, y aun mayor espacio trataria à solas
 con su Magestad, las otras noches en que no tenia tan-
 tos, ni tan poderlos esfuerzos, que vencer para dexar
 sus ojos en centinela, y su corazon velando à las puertas
 del Tabernaculo, en que moraba su escondido Dueño.
 Y aunque de estas se apartaba yà bien tarde, sin em-
 bargo aun no se permitia al sosiego de la cama, sin aver
 en ella hecho antes (como se lee en los apuramientos
 citados) el exercicio piadoso de prepararle para morir,
 segun el metodo con que lo pone en sus Exercicios el
 P. Daniel Pauloski. Con la practica meditacion de este
 Novissimo, cerraba el P. Molina todas las noches aque-
 lla su prolongada oracion, con cuyos continuos soplos
 se levantaba en su pecho la llama de charidad encen-
 dida, con que solicitò incessantemente la salvacion de
 las Almas.

Y à la verdad, que si el caractèr, y distintivo
 mas proprio de los Varones Apostolicos, es el tener una
 sed infaciable, y un deseo ardiente de la salvacion de las
 Almas, como quiere S. Juan Chrylostomo: *Sitis salutis
 animarum est caracter viri apostolici*; no se como se le po-
 dra negar el titulo de Varon verdaderamente Aposto-
 lico al P. Visitador Molina, viendo en S. R. la marca
 de este deseo, y charidad ardiente. Porque esta chari-

dadera, la que lo tenía clavado muchas horas en el Confesionario con tanto trabajo, como saben por experiencia los que de veras se dan á este penoso exercicio. Esta charidad era, la que atrancandolo de la quietud de su aposento, lo llevaba muchas vezes de cabaña en cabaña, y de Pueblo en Pueblo, para instruir á los rufficos en las verdades eternas, que confiesa nuestra Religion Sagrada. Y en una palabra: esta charidad fue, la que le hizo pretender con tanto tezon, y ahinco licencia para passar á las Indias, deseoso de emplear todos sus ahentos en el cultivo de sus Naturales, necesitados mas, que otros algunos de espirital socorro. Ni podia menos, que acompañarse el rubi de esta charidad encendida para con las Almas, con el oro subido de una misericordia compasiva para con los cuerpos. Efecto de esta misericordia entrañable fueron los medios, que puso, y diligencias, que practicó para buscar algun remedio á sus necesidades. Luego que se le entraban estas por los ojos, le herian el corazón de manera, que no topaba descanso, sino en buscarlo para el menestero so. Ya insinuamos el cuidado con que asistió en el Navio á los enfermos, constituyendose no solo su enfermero, sino agente de sus causas desamparadas, y provedor de sus extremas miserias, hasta llegar á comprarles un pequeño alivio con el caro precio del sonrojo, que cubria su semblante, quando les pedia á los Gefes con tendidas suplicas el abrigo, la medicina, ó el sustento de aquellos pobres. Ni fue menor el esmero con

que los atendió en tierra, y à solicitandoles de la piedad agena repetidas limosnas, y à dandoles las que podia sacar de su siempre exhausto peculio, privandose de buena gana aun de las alhajas, que permite la pobreza de un Religioso, por ayudar à socorrer la de un mendigo. Pero que mucho, que el P. Joseph socorriese à sus pobres con estas, y semejantes saterias, si yà dexamos dicho, que les llegó à dar como de limosna, hasta su misma vida; quando se ofreció à morir S.R. porque no moriessen los pobrezillos Indios de su Mision à manos de la peste, que se les iba acercando por la puerta.

Y baste aver dicho esto à cerca de algunas virtudes del P. Visitador, escusando dar pizejada en otras muchas, que por no salir de los margenes de una Carta, será forzoso se queden à la sombra del silencio, donde tambien quedará oculta la mayor parte de sus devociones. La que tuvo con nuestro Dios Sacramentado, facilmente se bruxulèa de lo que queda referido; pues à no padecer una hambre inextinguible de este soberano sustento, no solicitara con tan vivas ansias alimentarse de este Pan Divino; y si no tuviera llegado profundamente el pècho con la zaeta de su amor, no le repitiera las visitas tan à menudo, que, como nuevo Samuel, parece queria colocar su habitacion en el Templo. La devocion grande, que tuvo à la Soberana Reyna de los Cielos, se traslucia bien por los frecuentes obsequios, que le tributaba, yà preparandose para celebrar sus mas plausibles festividades con devotas Novenas, con rigi-

dos ayunos, con asperos cilicios; ya rezándole todos los días arrodillado el Rosario, los cinco Psalmos, que comienzan con las cinco letras sagradas, de su augustó Nombre; el piñísimo Oficio, que le compuso el Seraphin humano S. Buenaventura; ya recurriendo muy amodo á su Trono, para sacar de allí consuelo en sus aflicciones, resolución en sus dudas, acierto en sus empresas, victorias en sus batallas, en sus necesidades tocórras; ya procurando estampar por medio de sus conversaciones familiares, y de sus sermones publicos, un entrañable amor á la Gran Madre, en los corazones humanos. A este fin ponderaba los copiosos frutos, que se cojen de su devoción, afirmando su dicho con razones, autoridades, y exemplos. En quantas partes estuvo, fue uno de sus principales empeños adelantar los cultos de MARIA: ya diximos lo que en este particular hizo en el Navio, en que solo estuvo de passo; no fue menos, lo que hizo en la Misión en donde vivió de asiento. Allí como en casa propia introduxo su mas propia, y especial devoción á nuestra Señora, como dándola á conocer, y á amar baxo el titulo de las Angustias. Para esto colocó en el Altar una bellissima Imagen de esta tierna advocación; y todas las tardes despues de concluido (segun la practica de nuestras Misiones) el tozo de la Doctrina, se ponía el P. Joseph delante de aquel Propiciatorio: y quando S.R. el choro, le seguian sus Indios, y todos juntos entonaban á la Angustiada Madre de JESUS, un cantico de alabanzas; cuyos ecos passaron

de la Misión de los Dolores, à las Misiones comarcanas, donde à imitacion del P. Molina se le dà yà tambien esta agradable musica, à la Emperatriz de los Cielos.

De su tiernissima devocion al Apostol de las Indias S. Francisco Xavier, se pudiera decir no poco: porque S. Xavier era el Tublime dechado, que tenia siempre à la vista para procurarlo imitar con sus acciones. Con deseo de traslucrar en sí las virtudes heroicas de tan portentoso Original, instò tanto por emplearle en el cultivo de los Indios. Con el mismo deseo rezaba todos los dias la Oracion, que compuso el Santo Apostol, para pedir à Dios la conversion de los Gentes. Con este deseo no perdonaba ocasion alguna de solicitar la salvacion de las Almas, ofreciendo para esto muchas oraciones, y penitencias à nuestro Señor, por mano de su Santo. Entre estos obsequios era uno la Novena del mismo Santo, que todos los años hazia, y procuraba, que tambien hiziesen otros, como lo procurò en la embarcacion, donde no fue poco lo que tuvo, que sufrir, ni pocas las dificultades, que tuvo, que vencer, para lograr (como por ultimo logrò) que publicamente pagassen todos à su Santo, aquel tributo con increíble gozo de S. R. por vér à su Santo venerado, y à Dios servido con las muchas confesiones, y comuniones, que movidos de las Platicas de la Novena hizieron los navegantes. Las Cartas de aquel nuevo Thaumaturgo, eran Cartas muy familiares para el P. Joseph: leia en ellas

ellas con gran frecuencia, y siempre topaba en sus clau-
 sulas un manà muy de su gusto. Quando se hallaba en
 algun ahogo, perplexidad, ò desconuelo, acudia luego
 como à un oraculo à su libro: y leyendo, donde le abria
 no el cuydado, sino la contingencia, experimentò, que
 por lo comun le hablaba el Santo muy al corazon, y
 al intento de lo que avia menester. Finalmente S. Xa-
 vier era el Patron de todos, sus ministerios con los pro-
 ximos, y con mas especialidad de las Misiones, que
 hizo. De estas Misiones-ciroulares solia decir el P. Jo-
 seph, que eran las obras en que solo confiaba, y espe-
 raba, que por ellas solas Dios avia de tener piedad de
 S. R. Màs aunque el humilde espiritu del P. Visitador,
 esperaba conseguir la possession eterna del Paraylo no
 mas, que por el apostolico trabajo de sus Misiones cir-
 culares; sin embargo Yo espero, que S. R. no solo por
 sus Evangelicas Misiones, sino tambien por otras tan-
 tas otras religiosas virtudes, como practicò en su vida,
 està yà en el Cielo gozando de la Bienaventuranza, con
 que premia à los Justos. Y màs si se observa, que el dia
 que clausulò su religiosa vida, fue Viernes; reclamo
 tierno de la tragedia del Calvario, y por esso especial-
 mente venerado del P. Visitador, con el recuerdo de las
 Angustias de su Patrona, y Madre MARIA Santissima,
 que eran el imàn de su filial compasivo afecto. Cir-
 cunstancia, en que podemos reconocer, que fue parti-
 cular providencia del Señor, llamar à la participacion
 de sus celestiales delicias en dia tan mysterioso, à quien
 siem-

siempre lo avia notado en los fastos de su devocion con piedra purpurea, para acompañar en su affliccion á la doliente Madre; y sentir en el corazon, quanto angustiaba al virginal espíritu. Fue, pues, su dichoso fallecimiento Viernes 21. de Abril del año que pasó de 1741. contando el Padre quarenta y siete, menos tres meses de edad: treinta de Religion: y poco más de treze de solemne Profesion. Sepultóse el dia siguiente su Cuerpo en la Misión de Santo Thomas, que logró depositar en muerte al que veneró, y no pudo gozar en vida, sino de passo para la eternidad.

Y aunque siempre seria lamentable para esta Provincia, la falta de un Hijo tan benemerito: le augmentó sobremanera su dolor, el infortunio de aver logrado por menos tiempo del que esperaba, sus amables prendas. Pero si nos dexó señalado el camino con sus no vulgares virtudes, esforcemonos en el Señor, á seguir sus pisadas, con la esperanza de que á la imitacion de los exemplos, corresponderá en el fin aquella corona, que solo se dá al que, como el P. Visitador Joseph Xavier de Molina, legitimamente pelea; hasta rendir el espíritu en la demanda. O! sea así, que todos los que professamos el mesmo Instituto, llevando adelante las empreßas de la Divina Gloria, tessifiquemos con el zelo apostolico, charidad ardiente, y observancia religiosa, que nos enseñan los exemplares heroycos, que se nos ponen á la vista de nuestros Hermanos; que somos Hijos verdaderos de la Compañia de JESUS. No

tengo en este particular, que estimular á V. V. R. R. pues solo Yo entre todos necesito de mucha exhortacion: pues debiendo por mi oficio ser el primero en las sagradas expediciones de nuestra vocacion, embarazado con mi tibieza, no consigo ser ni de los ultimos. Propongo á V. V. R. R. mi flaqueza, para que compadecidos me tengan presente con Dios nuestro Señor en sus Santos Sacrificios. Mexico, y Mayo 25. de 1742.

Siervo de VV. RR. en Christo.

Matheo Ansaldo.